

Libros

20

LIBROS DE ENSAYO



Bankia

No resulta inexacto afirmar que el gran revolucionario Leon Trotski se paseó por España al modo que lo habían hecho cincuenta años antes los viajeros franceses del Romanticismo. Es decir, cargado de tópicos y miope ante la realidad del país, al que aplica punto por punto un orientalismo de manual. Con ser esto verdad, las diferencias también son importantes. Para empezar, a causa de la obligatoriedad de su visita y lo sorprendente del recorrido, desde San Sebastián a Cádiz y regreso, arriba y abajo de la península, con paradas más o menos inesperadas en diversas ciudades –o mejor dicho, en sus prisiones.

Trotski permaneció en España entre marzo y diciembre de 1916, «no como investigador u observador, ni siquiera como un turista en libertad, entré expulsado de Francia y residí detenido en Madrid y vigilado en Cádiz, en espera de una nueva expulsión». Esta llegó el día de Navidad y lo encaminó a Nueva York, tras una serie de peripecias propias del género bufo, que son materia principal de lo narrado.

Unidad indisoluble

Lo cierto es que nos encontramos ante un original y arriesgado libro de viajes, incluso desde el punto de vista de la forma narrativa, que ha sido mal entendido a causa de las peculiaridades de su génesis y de su autor. En primer término, la profesión revolucionaria y el asesinato posterior de Trotski en México a manos del agente estalinista y futuro coronel del KGB Ramón Mercader lo vincularon a la hagiografía laica. Esta impuso una visión teleológica, según la cual vida y obra constituyen en el líder revolucionario una unidad indisoluble. Pero aquí no nos encontramos ante una pieza de propaganda o vulgar

TROTSKI HACE TURISMO



MIS PERIPECIAS EN ESPAÑA

LEV TROTSKI

Prólogo de José Esteban
Traducción de Andrés Nin
Reino de Cordelia
Madrid, 2012

184 páginas, 15,95 euros
Libro electrónico: 5,95 euros

★★★★

agit-prop, sino ante una obra de genio, un libro de viajes pre-soviético, en el que su protagonista narra lo acontecido en «aquellos meses españoles».

En segundo lugar, diversos anacronismos afectaron la edición original y su trayectoria posterior. En 1929, cuando Andrés Nin tradujo lo que Trotski llamó «estas páginas escuetas y sin pretensiones», ya había ocurrido la Revolución rusa. Lenin estaba muerto, él se hallaba exiliado en Constantinopla y era perseguido por el estalinismo, cu-



Trotski (abajo) visitó España entre marzo y diciembre de 1916. Arriba, caricatura de su caída en desgracia tras la muerte de Lenin



ra ostensible una película de los hermanos Marx.

Esa neblina costumbrista no llega a ocultar, más bien refuerza, lo que de verdad quiere contar. Aquello que le importa, el encuentro forzoso entre los libros que ha leído y las realidades que le toca vivir, la España que ha estudiado o conoce de lecturas anteriores y la que encuentra. Ciertamente, la primera de ellas contiene abundantes elementos de la «leyenda negra» (no hay más que ver las tópicas alusiones a los nobles o la Iglesia), pero lo que destaca es la fuerza de los estereotipos románticos. Con permiso del Quijote, que sirve a Trotski como verdadero manual de interpretación de la realidad española.

Piropos de la policía

El homenaje permanente a la obra de Cervantes compite con el imaginario de Victor Hugo y Mérimée, o el interés en los grandes pintores: «Con el ansia de un hombre hambriento, contemplé los inestimables tesoros del Museo de Madrid». Los policías son descritos a partir del estereotipo de los bandidos y, para su asombro, piropean a las señoras.

Cuando llega a Cádiz, lo presentan como una celebridad «de ideas demasiado avanzadas para España». En San Sebastián contempla «españoles con boina, mujeres con mantilla, guardias municipales que no tienen nada de guerreros». En Madrid, mujeres «de facciones morenas y agradables, el ritmo de la vida es perezoso».

Las lecciones de Historia del siglo XIX español son tan notables como la descripción de Barcelona, «ciudad de tipo hispano-francés, infierno de fábricas, humo y llamaradas, flores y frutas». Al fin, Trotski continúa su viaje a América y se sumerge en el océano, «un vacío esférico, lleno de agua salada, embravecida». Como la vida misma.

MANUEL LUCENA GIRALDO